

# El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX



Sergio Pérez  
Álvarez\*

## Ficha técnica:

El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX

Kenya Bello  
y Marina Garone Gravier  
(coordinadoras)

2020

Universidad Autónoma  
Metropolitana-Unidad  
Cuajimalpa

Si hasta hace poco el editor era considerado un personaje fantasmal y de algún modo insignificante, los editores y sus catálogos editoriales ahora son objeto de numerosas investigaciones; se multiplican los programas de formación profesional para aprender su oficio e incluso se promueve el estudio de la “cultura del libro” (eco del anglicismo *print culture*) como un área con espacio propio en el mercado de las especializaciones académicas.

Este libro, coordinado por las profesoras Kenya Bello y Marina Garone Gravier, tiene el mérito de reunir, en un mismo volumen, una serie de artículos de investigación (por su extensión de cincuenta páginas, en promedio, los textos tienen la apariencia de breves monografías), que en conjunto brindan una mirada múltiple sobre el mundo del libro, la edición y la lectura en el siglo XX en México. Destaca el hecho de que el análisis se concentra en un siglo del que, a juicio de las profesoras Bello y Gravier, hacían falta estudios: “Si bien los estudios del libro, la edición y la lectura en México son abundantes para el periodo novohispano y el siglo XIX, no puede decirse que el siglo XX tenga el mismo dinamismo” (p. 18).

La presentación que abre el libro, escrita por las profesoras coordinadoras, es una completa síntesis de la “ola ascendente” de trabajos sobre la edición y el libro en Hispanoamérica, cuyo gesto inaugural lo ubican también en el seno de la histo-

\* Profesor de literatura, Universidad Católica de Pereira. sealpez@googlemail.com



riografía francesa del siglo xx y cuya insignia será el proyecto de los cuatro volúmenes de la *Historia de la edición francesa (1982-1986)* dirigidos por Henri Jean Martin y Roger Chartier. Las autoras reseñan trabajos de investigación recientes en Argentina, Brasil, Colombia, Chile y, por supuesto, México, vinculados en principio al propósito de consolidar historias nacionales del libro, pero se muestra cómo se ha abierto la discusión en nuevas direcciones. Se trata de una cartografía muy útil para entender el panorama de los “estudios del libro” en el continente, y en el que de algún modo se propone inscribir este proyecto.

A partir de los primeros cuatro capítulos se puede trazar un mapa de las principales editoriales en México desde principios de siglo xx hasta la década de los ochenta:

En el entendido de que el mundo de la edición contemporánea se consolidó en ese lapso; el libro se industrializó, la capacidad de leer y escribir se masificó entre los habitantes del país y se conformó un sistema de bibliotecas muy distinto a los que México había tenido hasta entonces. (p. 24)

En el recorrido, son frecuentes las referencias a proyectos editoriales como Cvltura, Ediciones Botas, Librería y Editorial Porrúa, el Fondo de Cultura Económica (FCE), cabeza y médula de la edición de libros; y también la Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Veracruzana, Ediciones Era, Joaquín Mortiz y Siglo XXI Editores, que se presentan como nodos del mapa editorial mexicano del siglo pasado.

En el primer capítulo, Luis Mariano Herrera advierte los fenómenos generales que inciden en el desarrollo editorial de la primera mitad del siglo xx mexicano (las circunstancias políticas, el contexto “revolucionario”, la guerra europea, la masificación de las ciudades, entre otros), y evidencia, de una manera cuantitativa, la evolución de un sistema que, al cabo de un par décadas, pasa de una producción de libros artesanal —para unas pocas élites letradas—, a una industria de la edición nacional del libro.

A continuación, Sebastián Rivera Mir aborda el aspecto político de la edición, en principio, frente a la creación de políticas públicas —en la que el Estado es considerado uno solo de los actores— y en la incursión del libro político marxista de izquierda, lo que evidencia de qué manera se filtra, difunde y apoya tanto el crecimiento de la industria editorial como de algunas ideas progresistas durante todo el siglo xx.

Los dos siguientes capítulos son complementarios, aunque también son comunes los entrecruzamientos y las constantes. Freja Innina Cervantes presenta en contexto algunas colecciones de editoriales mexicanas de obras literarias, lo que confirma la importancia del impulso estatal. Pero también reconoce las iniciativas privadas e “independientes” que, desde comienzos de siglo, fertilizan y son fundamentales en este emergente campo de la edición literaria. María José Hoyos plantea, por su parte, las continuidades con algunos de los proyectos que nacen en las décadas de los treinta y cuarenta —un periodo especialmente prolífico para la edición—, y reflexiona sobre matices visibles en las décadas de los cincuenta a los ochenta. La autora referencia otras colecciones de sellos como Diana, Porrúa, FCE, y amplía el espectro a las editoriales de la UNAM, de la Universidad Veracruzana, Joaquín Mortiz, Ediciones Era y Siglo XXI. Se detiene,

a su vez, en nuevos protagonistas: vale la pena destacar su reseña de la editorial Los Presentes, fundada por el escritor Juan José Arreola.

En el mundo editorial participa un conjunto de agentes que, al igual que los editores, solo hasta hace unas décadas empiezan a reconocerse y a ser estudiados con rigor académico en nuestro contexto. Nayelli Castro, Tania Hernández y Danielle Zaslavsky abordan el caso de la traducción. Primero, destacan algunos de los esfuerzos pioneros de edición y traducción de textos a comienzos del siglo xx en México y, segundo, estudian el rol del traductor, a partir de un análisis de los contratos de traducción y algunas descripciones sobre su oficio, en lo que denominan, desde el título, un “balance pendiente”.

Sobre los traductores versa también el siguiente artículo de Lizbeth Zavala Mondragón, dedicado a la contribución de los refugiados españoles. Varios trabajos han destacado la importancia de los refugiados españoles en la consolidación de la industria editorial mexicana. En lo que insiste este capítulo es en que también sentaron las bases intelectuales de muchos proyectos editoriales. Como traductores, introdujeron autores, abrieron el registro a otro tipo de lecturas, ayudaron a internacionalizar los catálogos y participaron de una profesión que en muchos casos fue “bien reconocida, aunque mal remunerada”.

Una mirada externa al campo editorial mexicano es propuesta por Alejandro Dujovne desde la Feria del Libro de Frankfurt, la principal ventana y centro de comercialización editorial a escala global. Algunas de sus conclusiones apuntan a que, si bien el mercado editorial mexicano es el segundo en importancia en español, sigue siendo pequeño si se compara con la industria editorial española e incluso con la iberoamericana. Su influencia es además muy marginal fuera del territorio hispanohablante. Pasos importantes, como ser invitado especial de la Feria de Frankfurt de 1992, hablan de sus potencialidades, pero aún se requieren esfuerzos para que sea un actor influyente en el mercado del libro en español, así como en su propio mercado interno, en el que, considerando su tamaño, su producción sigue siendo reducida.

Finalmente, los dos últimos capítulos se refieren a temas conexos. Kenya Bello analiza la edición y publicación de materiales de educación, que alcanzaron su auge con un robusto Estado editor, y que fueron esenciales para instalar algunas prácticas de la enseñanza de la lectura y la escritura en los entornos escolares en México. Esto ocurre en un periodo en el que “se pasó de una sociedad en la que leían y escribían los menos a una donde la alfabetización es generalizada, aunque no universal” (p.

461). Son destacables sus reflexiones acerca de los cambios en las prácticas en la escuela —por ejemplo, la transición de la corrección enfocada en la dicción de la lectura en voz alta, al privilegio de la lectura silenciosa como evidencia de atención—, que inciden y proponen determinadas concepciones sobre la lectura y la escritura.

El tema de la promoción de lectura a partir de la creación de bibliotecas escolares es el motivo del último de los capítulos del libro, escrito por Javier Rosales Morales. Se trata de otra vía para rastrear cómo llegaron los textos a los lectores populares en México, que muestra que las ediciones estatales fueron el corazón de las colecciones de estas bibliotecas y pieza clave de la política de promo-

ción de lectura, según lo dejan ver las respuestas de los propios lectores que se analizan en el capítulo.

A pesar de su extensión, el libro puede considerarse un abrebocas. Entender de qué manera esta “industria editorial” incidió en el desarrollo de los propios contenidos y en las *formas* literarias, profundizar en el estudio de las prácticas y menos en la descripción de catálogos, abrir la mirada a proyectos editoriales de carácter comunitario, son cuestiones que se proyectan en este libro que enriquece un campo de estudios que, al decir de Robert Darnton, todavía parece menos un campo y más un bosque tropical. ○